

ESTE PERIÓDICO

SE PUBLICA

LOS DOMINGOS.

PRECIOS DE SUSCRICION:

EN LA HABANA,

4 pesetas sencillas

AL MES,

y en el interior

UN PESO,

FRANCO DE PORTE.

El número suelto

VÉNDESE EN LA IMPRENTA

A DOS RS. FUERTES.



LA REDACCION

ESTÁ SITUADA

CALLE del OBISPO

número 22,

LIBRERÍA É IMPRENTA

"EL IRIS,"

A DONDE

PODRÁN DIRIGIRSE

los avisos

Y RECLAMACIONES.

La Administracion

ESTÁ EN EL MISMO

ESTABLECIMIENTO.

# DON JUNÍPERO.

Periódico satírico-jocoso con abundancia de caricaturas,

DIRIGIDO POR

D. VICTOR PATRICIO DE LANDALUZE.

## EL LEMA DEL SIGLO.



Todos los siglos guardados en el arca de la eternidad, cuando salen á la luz de la duracion, se proponen su fin que llenar y su ley que imponer. Cada siglo nuevo no es ni mas ni menos que un cambio de ministerio en la historia del tiempo. Manda uno ya viejo lleno de experiencia y desengaños en el mando, pero ya ha durado cien años y esto basta para que sea malo, para que caiga. «Abajo el siglo» gritan los días aburridos, y al siguiente, uno nuevo, ciego como el que á la luz sale de la nada, deslumbrado como el que sale de las tinieblas, sin conciencia de sí propio ni de nada, se lanza no menos que á gobernar todo lo existente.

Un decreto del gran rey de la barba blanca, le coloca en el primer puesto. Lo primero que hace es tender la vista en derredor, ver con quien tiene que habérselas; despues estudia las biografías de sus antecesores. Hecho esto, echa sus cuentas, medita, fija sus prin-

cipios, que tambien los siglos tienen principios.

Formado ya su plan, alza la cabeza, se encasqueta la corona, empuña un cetro, una espada ó un látigo, segun sus propósitos, se arrellana en su puesto y con aire de mando grita: «Mortales, yo soy vuestro superior, obedecedme, y sin otra fórmula empieza á decretar á los hombres, que á lo ménos á los siglos conceden por unanimidad los derechos de sucesion.

Por de contado, todo siglo encuentra mal lo que hicieron sus ante-pasados; le parecen unos bárbaros, ignorantes, tiranos ó locos; él solo es el bueno, al revés que los hombres, para quienes lo pasado fué lo bueno, lo presente malo, solo por tener la desgracia de ser presente. Propónese, pues, todo cronócrata una marcha diferente, para reparar males, cicatrizar heridas, disipar errores, cortar abusos y otras infinitas cosas; pero sin saberlo, hace lo mismo, solo que de distinto modo. Se escriben millares de tomos y solo se emplean 27 letras; así los siglos hacen cosas diversas; los elementos son los mismos, son el abecedario de la existencia humana.

Todos estos déspotas de 3,153.600,000 átomos de duracion, pequeñeces que hacen su fuerza, nada que forman su

todo, (pues toda grandeza no es mas que el conjunto de pequeñeces,) escriben á la puerta de su palacio un lema como los antiguos campeones al entrar en el ensangrentado palenque.

Cuando el mundo estaba en el taller de construccion de planetas, cuando estaba aun solo en el armazon, un siglo ambicioso se lanzó sobre él y le hizo su presa. Fué algo, le gustaba el desórden; tenia instintos de herrero y cocinero; se llamó *Confusion I.*, su lema fué caos, y el mundo hervia como en una fragua y los mares como en una cafetera, y los montes se derrumbaban con estruendo y los árboles brotaban gigantescos, y los vientos soplaban furiosos como el aliento de Titanes, y las tierras se agitaban y disolvian en los mares como azúcar en un vaso de agua. Cuando ya el plato estuvo hecho, le sacó de la lumbre, lo dejó enfriar, lo probó, le supo bien y se fué á egercer á otro planeta sus culinarias funciones.

Vino otro siglo, no le gustó aquella confusion. Tenia gustos de artista; se llamó *Pintor I.* su lema fue *arreglo*, y con diestra mano recogió las rocas esparcidas, las amontonó en ciertos sitios é hizo las montañas: recogió las aguas esparramadas é hizo los rios y lagos;

reunió los árboles diseminados é hizo los bosques, juntó las flores y las plantas é hizo pensiles; escondió las piedras preciosas é hizo minas; puso las nieves en las alturas donde no estorbasen y las yerbas en los prados para que los adornasen. Hecho esto contempló su trabajo para ver el efecto, le agradó, y dijo: «bien está,» y con rostro complacido se fué donde mejor le plugo.

Llegó otro y empezó á pasear de arriba á abajo admirando la hermosura de su reino, pero pronto reparó que no habia nadie. Era amigo del trato de gentes y decidió introducir una mejora: puso manos á la obra y creó seres vivientes. Serpientes gigantescas, monstruos alados, cuadrúpedos colosales que con un resuello derribarian el mayor de los actuales: por fin, todo se animó con su soplo vivificador. Aquel siglo se llamó *Carne I*: su lema fué *vida*.

Su sucesor, mas culto, de miras mas elevadas, no vió con buenos ojos y sí con gran espanto aquellos brutos groseros y amenazadores. Quería seres mas pequeños y esterminó los monstruos; quería criaturas inteligentes que comprendiesen, que admirasen, que amasen. Apareció el hombre, por mandato de Dios, que ennobleció el mundo con su presencia; vivificó la creacion con su pensamiento. Aquel siglo es el mas importante de todos; desde él data nuestra existencia, pero, ¡ay! tambien nuestras lágrimas. Aquel siglo se llamó *Humano I*: su lema fué *Inteligencia*.

Ya los siglos posteriores tienen otros súbditos, otros estados; debieran, pues, formar otras leyes, variar la constitucion, gobernar con cuidado. Se las habian con hombres, y los hombres, aunque pequeños, bien saben cuando quieren dar guerra, no á un siglo, sino á la mismísima eternidad que, segun dicen, tiene el penoso cargo de batallar con ellos en los infiernos sin tregua ni descanso.

Aquí termina la época de los *naturalistas* y empieza la de los *humanistas*. Por supuesto que aquellos duraban mas de los cien años: eran los Matusalenes, pues ellos solos vivian mas que muchas generaciones de los del día. Es verdad que no andaban á vueltas con los mortales y á su tranquilidad debieron su duracion.

Los primeros siglos fueron amigos de la paz y de la inocencia y los hombres fueron inocentes y felices.

Hubo luego un siglo que dijo: *impiedad*, y se adoraron idolos. Un siglo duro de carácter y amigo del agua gritó: *esterminio* y un diluvio de agua vino á aguar los placeres de los hombres. Un siglo de malas entrañas gritó: *enfermedades* y desde entonces datan los enfermos y los ayes. Otro desenfrenado dijo: *vicio* y hubo Sodomas. Otro gritó *ambicion* y los hombres se empeñaron en enrumbrarse. Otro turbulento quiso *guerra*; *Sangre I* fué este rey. Con él empieza esa política que todos han seguido despues. Todos tienen sus páginas encarnadas. Desde él vemos lu-

char los hombres y caer las ciudades: la historia de la humanidad es una batalla.

Hubo siglos que quisieron *destruccion* y el mundo se desquició. Otros dijeron *religion* y otros adoraron y creyeron; otros *fanatismo* y unos á otros se persiguieron. Algunos gritaron: *crimen* y los venenos adquirieron la categoría de manjares, y los viles puñales destronaron á las nobles espadas, si la espada es noble, que eso está aun por averiguar; y otros dijeron *caridad* y todos se amaron. Algunos mal intencionados y avaros quisieron gobernar con el *hambre y la miseria*, y los hombres perecieron devorándose y royéndose como Ugolino á Ruggier.

Unos siglos generosos gritaron: *patriotismo* y todos se sacrificaron por la patria; otros *heroismo* y se hicieron hazañas inmortales. Unos cuantos quisieron el *idealismo* y el cuerpo se despreció por el alma y el deseo fué vencido por la idea. Así como algunos dijeron *fé* y todos creyeron en todo, no faltaron algunos maliciosos que por reirse de la humanidad dijeron: *duda* y todos dudaban y daban vueltas como perdidos en un laberinto, y la incertidumbre sustituyó al pensamiento. Tambien apareció alguno que otro siglo loco que exclamó *locura* y el mundo fué un inmenso manicomio redondo dando tumbos por el espacio.

La aristocracia de los siglos se compone de los que gritaron *ciencia, arte, paz, poesía*; y los sabios, poetas y los artistas á la sombra de la paz ennoblecieron, ilustraron y deleitaron á los hombres.

Los siglos-murciélagos y enemigos del progreso humano adoptaron este lema *oscuridad* y todo se oscureció, y esa lámpara del saber cuyo aceite es el estudio y cuya mecha es la inteligencia, se apagó y nadie vió mas allá de sus narices.

Los siglos salamandras, al contrario, quisieron nadar en luz, y el gas de la ciencia se encendió en todas las cabezas.

Hubo siglos reformistas que por variar dijeron *revolucion* y los mortales se precipitaron, gritaron, mataron é innovaron; y lo que estaba arriba cayó debajo, y lo blanco se volvió negro, y lo chico se hizo grande.

Siglos hubo charlatanes que dijeron *discusion* y los hombres se tornaron loros y hablaron por los codos y pronunciaron discursos mas largos que el de Bossuet sobre la historia del universo y tratados, polémicas y sesiones.

Otros dijeron *Progreso* y los humanos dieron un bote como un caballo á quien dan espuela. Otros dijeron *Industria* y se volvieron abejas constructoras en su panal.

Esclavos los mortales de estos déspotas han estado sujetos á sus antojos. Cuando á un siglo le ha dado por el bien, le han obedecido gustosos y han progresado. Toda la trama de nuestra vida está entregada á sus leyes. Ha habido hombres que se han opuesto al siglo reinante y se las han tenido tiesas,

se han adelantado á los que habian de venir despues, y por eso los que vinieron respetan su memoria como temerosos de atentar á ellos, y aun algunos han adoptado por lema el lema de tales hombres. Uno de estos vale mas que un siglo, pesa mas que una generacion, enseña mas que una experiencia.

Al entrar el siglo XIX (que felizmente reina hace 63 años) le dió la locura de la guerra y el bullicio, cosa perdonable en un mozuelo atolondrado y calavera. Pero cuando se cansó de trastazos y camorras, cuando sentó la cabeza, varió de conducta. Pensó en hacerse notable, y en elegir un lema que le distinguiese de todos los demás. Tras mucho cavilar decidió ser el siglo mas ligero de cuantos se conocen, andar en igual tiempo cien veces mas camino que los otros, aun á riesgo de estrellarse. Quiso ser el águila de los siglos y lleno de impaciencia é hirviéndole la sangre, gritó: *Prontitud*.

LA LOCURA.

(CONCLUIRÁ.)

## ¡AMARILLO!

Melopea sentimental, compuesta con motivo de la invencion del fuego griego.

Esparavan Don Antonio,  
Dí, ¿no es cosa del demonio  
Que en el siglo de los fósforos  
Y de la electricidad;  
Que en este siglo avanzado  
Que blasona de ilustrado,  
Se hagan diabluras mas bárbaras  
Que en la rancia antigüedad?  
Voy á referirte un hecho  
Que me tiene muy mal trecho,  
Porque, compadre, figúrate,  
Que á la civilizacion  
Hay que poner de estribillo:  
Amarillo!

Toron toron, ton ton.

No basta el moderno fuego,  
Pues hay que apelar al griego  
Que dicen inventó Arquimides,  
Aunque de fijo no sé,  
Y..... percances de la suerte,  
El fuerte Sumter, tan fuerte,  
Con esa invencion helénica  
Se convirtió en *cusubé*.

Es preciso, pues, compadre,  
Á esos hijos de su madre  
Cuando monten su mayúsculo  
Formidable *parrot-gun*,  
Decirles en son sencillo:

Amarillo!

Toron toron, ton ton.

Allá en los tiempos de entónce  
Cuando no tronaba el bronce,  
Se peleaba hasta con víboras  
Y envenenado puñal.

Pero hoy se dice: ¡no es nada!  
«La guerra civilizada,  
Se hace sin saña ni crímenes  
Porque es una guerra leal.»

## UN COBURGO MÚTUO.

COMEDIA EN UN ACTO,  
REPRESENTADA CON EXTRAORDINARIO ÉXITO VARIAS  
VECES EN UN AÑO.

## ESCENA I.

*El paseo de Carlos 3º*

LUIS.—Chico, ¿quién es esa linda muchacha?

PABLO.—¿Cuál? La de la volante de pareja?

L.—No, hombre; la que vá en aquella victoria.

P.—Ah! sí; en efecto es bonita y bien educada. Tiene un dote soberbio.

L.—Pero, ¿la conoces?

P.—Pues no la he de conocer? Muchísimo! Soy visita de la casa. Es hija de D. Ambrosio Fardelona, un hacendado de Macurijes.

L.—Pablo ¿eres amigo mio? Me aprecias de veras como yo á tí?

P.—Ya te veo *devenir*, ¿tú quieres que te presente, no es eso? Bueno, hombre, te presentaré!

L.—Me salvas la vida, Pablo; porque á mí me hace falta un matrimonio de conveniencia que repare las brechas causadas en mi fortuna por algunas calaveradas disculpables.....

P.—¿Cómo calaveradas! dí mas bien que no has hecho mas que una: derrochar completamente lo que te dejó tu padre.

L.—Por esa razon, si yo llegára á entenderme con la muchacha.....

P.—Corriente; te presentaré mañana y allá te las arregles; yo me lavo las manos.

## ESCENA II.

*En casa del Sr. Fardelona.*

FARD.—Venga V. acá, señorita, ¿con qué ya tenemos secretitos para papá?

LA NIÑA.—Yó, papá? le aseguro á V. que.....

FARD.—Vamos, no te hagas de nuevas. Yo no soy ciego y veo que el Sr. D. Luis te hace la corte asiduamente. No pienses que esto me disgusta, nó.... al contrario; es un buen partido y creo que serías feliz con él.

LA NIÑA.—Yo tambien lo creo, papá; D. Luis no es una gran figura, pero tampoco es repugnante.

FARD.—Y tú le amas?

LA NIÑA.—No lo sé.

FARD.—Bien, eso es lo de menos. Te casarías gustosa con él?

LA NIÑA.—Ya lo creo, si dicen que es rico!

FARD.—Eso sí; su padre le dejó una gran fortuna. Además es muchacho de instruccion, ha estado muchos años en el extranjero; pero lo principal de todo es, que te hace falta establecerte bien; porqué, hija mia, te diré en confianza que estamos arruinados, y que el crédito que me sostiene hasta ahora, amenaza disolverse como el azúcar en el agua.

LA NIÑA.—Ay, papá! pues trate V. de arreglar cuanto antes ese negocio.

FARD.—No tengas cuidado; déjalo á mi cargo.

## ESCENA III.

*En casa del mismo Sr. Fardelona.*

FARD.—Sr. D. Luis, tanto la señorita mi hija, como la familia toda, se consideran honradísimas con la peticion que V. acaba de hacerme y me tengo por tanto mas dichoso en llamarle á V. mi yerno, cuanto este enlace se hace con el completo consentimiento de mi niña, á quien he consultado ya sobre el particular.

LUIS.—Oh! Sr. Fardelona, le deberé á V. la felicidad de toda mi vida.

FARD.—Para el arreglo de los contratos yo quisiera ponerle á V. al corriente del estado de mis asuntos.....

LUIS.—(Con dignidad.) Caballero, hágame V. el honor de creer que no llevo miras interesadas al casarme con su hija de V.

FARD.—(Oh! yerno impagable!) Así lo creo, pero bueno es que V. sepa.....

LUIS.—Ni una palabra mas, Sr. Fardelona. Me ofenderé de veras si V. continúa hablándome de intereses.

FARD.—Pues, señor, como V. guste; pero como V. es hombre de capital...

LUIS.—Todo lo que poseo está á la disposicion de V. (Si supiera que apenas me alcanza para los gastos del matrimonio!)

FARD.—Mil gracias, Sr. D. Luis. Ahora bien, ya que estamos arreglados ¿podemos desde luego fijar el dia de la boda?

LUIS.—Lo mas pronto posible. Ardo en deseos de acabar con la vida de soltero (y con tres acreedores incurables).

FARD.—Pues entonces, dentro de quince dias. (¡Te atrapé, yerno de plata!)

LUIS.—Dentro de quince dias. (Te pesqué, suegro dorado!)

## ESCENA IV.

*La cámara nupcial.*

LUIS.—¡Gran Dios! con que ese carruage, este lujo de casa, esos trages, todo eso no era vuestro, estaba sin pagar, era el oropel que ocultaba la ruina, como las ramas y las flores ocultan la boca de un precipicio?

LA NIÑA.—Sí, querido Luis; pero, ¿eso que importa? nos amamos y además..... tu eres rico.

LUIS.—¡Que he de ser rico!.....!! si no tengo una peseta!..... no tengo mas que deudas..... Si quieres partiremos.

LA NIÑA.—Pero..... y el caudal que heredaste de tu padre?....

LUIS.—No conservo mas que el dulce recuerdo!

LA NIÑA.—(furiosa.) ¿Con qué me has engañado?.....

LUIS.—(rabioso.) ¿Con que tú á mí tambien.....?

Los dos.—¡¡ Traicion !!!

CAE EL MOSQUITERO.

D. JUNÍPERO.

Y á renglon seguido, luego  
Encajan el fuego griego  
Y así á millones de víctimas  
Convierten en chicharon.  
Esta es mano de platillo:

Amarillo!

Toron toron, ton ton.

Ya lo del cañon rayado  
Es tortas y pan pintado  
Comparado con los párvulos  
Que empiezan á funcionar.  
¡Vaya un lujo de candela!  
Pero lo que me consuela  
Es que muy pronto, de súbito  
Algun *yankee* ha de inventar,  
Á costa de mil dispendios,  
Para apagar los incendios  
Un juego de esponjas árabes;  
Y dirán con fruicion  
Metidos en un castillo:

Amarillo!

Toron toron, ton ton.

¿No hubo espolones taimados  
Y despues buques blindados  
Que resistieron incólumes  
Mil embestidas y mil?  
¿Y no ha sido un devaneo  
El pretendido bloqueo  
Que por medio de un narcótico  
Un marinero sutil

Burló, y hasta tal esceso  
Que á su guardian hizo preso?  
No es verdad? Pues yo frenético  
He de gritar con teson  
Aunque me caiga moquillo:

Amarillo!

Toron toron, ton ton.

Aun á los de mas denuedo  
Les entró un poco de miedo.  
Digo, chico, hasta á los cónsules  
Y al amigo Beauregard!  
Cuando ellos vieron la fiesta,  
Redactaron su protesta,  
Porque es cosa muy incómoda  
Ver como á chinches tratar,  
Á gentes de cuerpo sano,  
Que aunque no hablan castellano  
Son por lo ménos tan prójimos  
Como un francés ó un sajón.  
Al que me llame guason  
Voy á tirarle un ladrillo:

Amarillo!

Toron toron, ton ton.

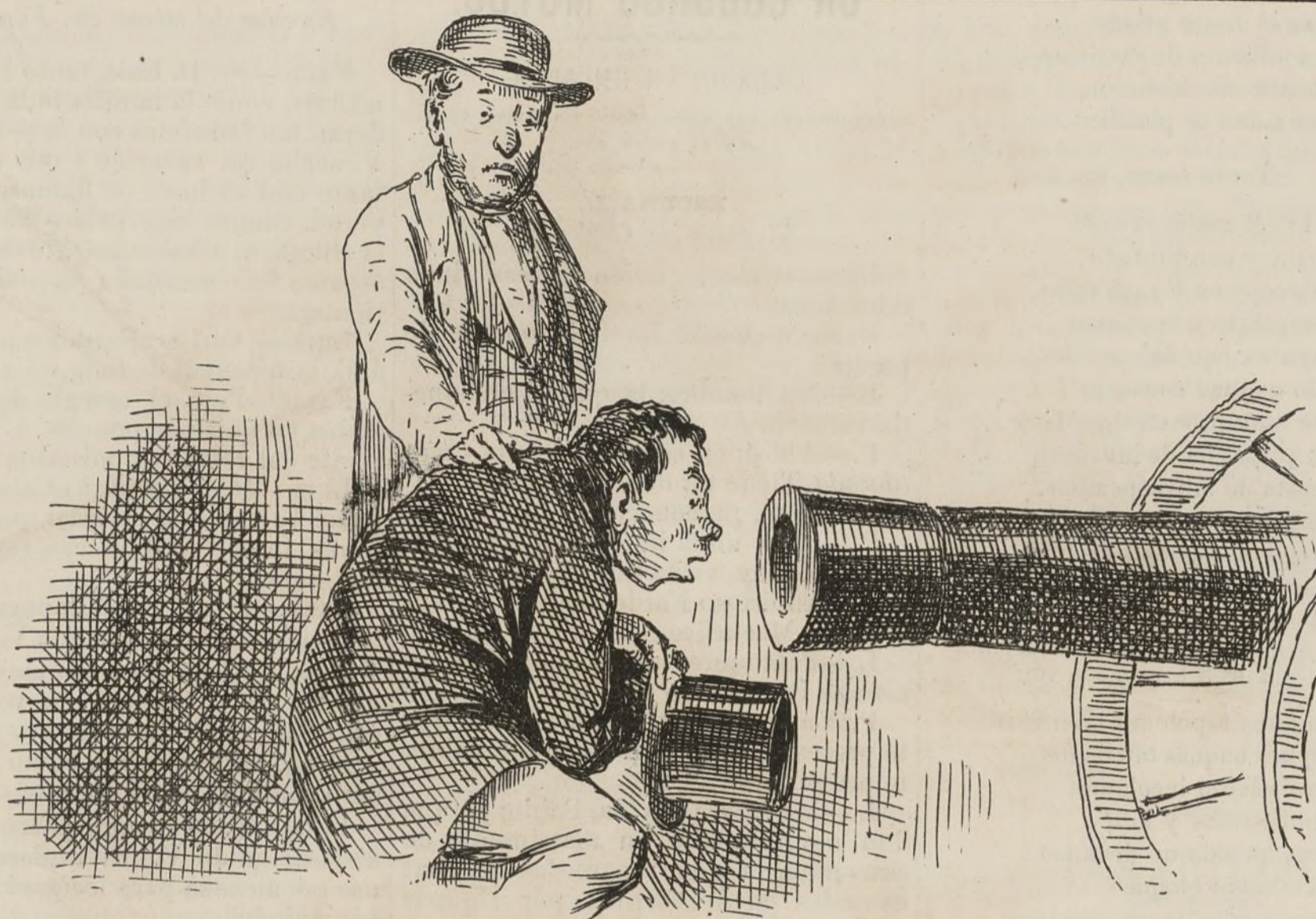
Ya es cosa fuera de duda,  
Que todo el que al Norte acuda  
Debe ponerse una cáscara  
Con amianto de Ceilan,  
Que es materia incombustible;  
Porque si nó, es muy posible  
Que con el pelasgo ignífero  
Me lo hornéen como pan.

Pero ya el metro encocora.  
Voy á terminar que es hora.  
Aunque, francamente, es lástima  
No decir de corazon  
Con la voz de un monacillo:

Amarillo!

Toron toron, ton ton.

Br. LINAZA.



—Pero, qué buscas dentro de ese cañon?  
 —Busco la solucion de la cuestion de Polonia; dice un amigo mio que se encuentra ahí.



—Qué representan esas estátuas?  
 —Son retratos de artilleros americanos, inventores de cañones que alcanzan á 15 millas.

## CUADROS PLÁSTICOS



La vida del hombre.

ALBERTO DE KERBRIANT.

POR MERRY.

Traducido para "D. Junipero."

Para llevar á buen término la empresa Cardan, tenía necesidad de una suma de dinero mayor de la que había extraído de la papelería de la señora de Mellan, y que por otra parte estaba casi agotada. Ese obstáculo fué allanado muy pronto. Los cambistas de Marsella no son tan inexpugnables como sus colegas de París, y ostentan con sobrada negligencia y siempre al alcance de una mano escamoteadora sus dobles napoleones y sus pesos españoles. Cardan que, cuando era necesario, sabía hacer invisibles sus dedos, al cambiar dos luises en casa de uno de esos mercaderes de oro, estrajo dos rollos con todo el talento de un prestidigitador de profesión ó de un jugador de la India. Con ese refuerzo metálico se sintió capaz de conquistar el Perú.

El cómplice creado por Cardan se llamaba Valentin Proghère, pero solo conservó su nombre de pila al hacerse ayuda de cámara de Cardan, que á su vez se transformó en Mr. de Alberto de Kerbriant. La misión encomendada á Proghère era muy delicada, á pesar de las luminosas instrucciones que para desempeñarla recibió de boca del maestro, pues se trataba de trasladarse en son de precursor á la finca de la señora de Mellan y de sondear hábilmente el terreno antes de que empezase el drama sin riesgo para el autor.

Proghère vestido de criado de confianza, salió para Tolon, y habiendo llegado á esa ciudad, se embarcó en una pequeña canoa y desembarcó ante la casa de campo de la Sra. de Mellan, un poco antes de ponerse el sol. Proghère desempeñó su papel, anunciando á las dos Señoras que Mr. Alberto de Kerbriant había llegado á Nantes en un buque mercante que salió del Cabo de Buena Esperanza; que las fatigas del viaje lo habían obligado á presentar su dimisión antes de lo que hubiera querido, y que volvía de las Indias como un simple particular, independiente del servicio militar, y resuelto á fijar su residencia conforme al gusto de la Sra. de Mellan.

Durante ese relato, Proghère se mantuvo en pie en el terrado, pronto á lanzarse en tres brinco al campo, tan pronto como apareciese el menor indicio de desconfianza en el rostro de los señores. Esa precaución fué inútil. La Sra. de Mellan era una excelente mujer que había pasado toda su vida en una habitación patriarcal en las sabanas del Nuevo Mundo: dió crédito completamente á todo lo que le había contado el precursor de su futuro yerno, y en medio de su loca alegría abrazó tiernamente á su hija, conmovida por la idea de un casamiento tan precipitado.

Al día siguiente, á las tres de la tarde, un gran ruido de ruedas y el chasquido de un látigo de postillon, anunciaron la llegada de una silla de posta á la gran Alameda que daba al campo.

—Es Mr. de Kerbriant, mi señor, dijo Proghère; reconozco su carruaje.

Un joven vestido de negro y de porte muy distinguido, saltó prontamente del carruaje al terrado, y como sofocado por sollozos de alegría, se apresuró á besar

las manos de la Sra. de Mellan. Cardan estaba disfrazado tan asombrosamente que Proghère se alarmó un instante, porque no lo reconoció.

El galeote prófugo se inclinó ante la Señorita Ana y dijo estas palabras, preparadas durante catorce leguas de posta:

—Bendigo la memoria de vuestro padre, de ese hombre generoso que me ha escogido para yerno suyo; pero tengo el gusto de deciros, señorita, que despues de mi viaje al rededor del mundo, sois vos á quien había elegido para compañera hoy.

Estas palabras fueron seguidas de largo silencio que sobreviene siempre á las emociones profundas; pero una vez concedida á los tristes recuerdos una parte razonable del dolor mútuo, la conversacion tomó insensiblemente un giro animado y alegre, sobre todo á la hora de la comida. Cardan dió pruebas de un tacto esquisito á los ojos de los Señores al hablar de todo ménos de su matrimonio. Refirió con todos los pormenores su viaje, el cual lo había estudiado la víspera en el mapamundi, intercalando en su relacion todos los términos técnicos de marina que había encontrado en los libros especiales, y al fin, tomando una actitud y un acento melancólico, dijo:

—He andado cinco mil leguas, he visitado las cinco partes del mundo, he visto todos los pueblos, y he reconocido, en virtud de esa esperiencia de ancianos que un viaje semejante da un jóven, que la felicidad, si existe, debe encontrarse únicamente en el seno de los deberes domésticos, lejos de la sociedad y en medio de una familia aislada, compuesta de parientes y de amigos.

La Sra. de Mellan estrechó las manos de Cardan, y su pantomima espresaba toda la dicha que experimentaba al oír tan bellos sentimientos de boca de su yerno.

Por medio de una transición hábilmente preparada, Cardan indujo á su futura suegra á tomar una determinacion muy importante para él. El galeote refirió no sé que pretendidos altercados que había tenido en Nantes con unos jóvenes oficiales, antiguos camaradas suyos, que le habían echado en cara lo que ellos llamaban su desercion, en términos bastante vivos para provocar un lance de honor.

—No temo un encuentro de esa clase, añadió, y eso es sabido; pero siempre es muy sensible cruzar la espada con antiguos amigos, por mas que miren mi dimision con tanta injusticia. Prefiero dejarles tiempo para que reflexionen acerca de su proceder. Cuando mi Comandante, que me conoce, esté de vuelta en un puerto de Francia, defenderá mi causa mejor que yo. Por ese motivo he resuelto decididamente no presentarme en Tolon y evitar disgustos que pueden traer consecuencias graves y deplorables. Si mi suegra consiente, daremos un viajecito por el interior, ó bien iremos á Italia ó á España, segun sea su voluntad, y cuando volvamos á Francia mi conducta estará ya justificada por mis camaradas llegados de la India, y mis injustos amigos no podrán ménos que ofrecerme sus excusas.

Todo eso fué dicho en un tono tan sencillo y tan natural que hubiera engañado á los espertos. La buena y confiada Sra. de Mellan se alarmó de tal manera, sobre todo por su hija, á la idea de esos lances de honor, que ella fué la primera que propuso salir del territorio de una ciudad donde su yerno había tenido sobradas relaciones pa-

ra no hallar un enemigo y un duelo injusto. La misma casa de campo á donde ella se había retirado no era una garantía contra sus alarmas maternas, porque todas las residencias de la vecindad estaban habitadas por familias de marinos que se visitaban mútuamente en las tardes de la primavera.

Cardan no reveló ningun ahinco por abandonar inmediatamente los campos de Tolon; pero esa tranquilidad perfectamente representada, solo sirvió para redoblar los temores de la Sra. de Mellan, que se creyó obligada á hacer violencia á su futuro yerno para decidirlo á emprender un viaje: Despues, llamando aparte al galeote, le dijo señalando á su hija:

—Esa pobre niña es muy tímida; no me atrevo á miraros á la cara y es preciso viajar juntos algun tiempo para inspirarle un poco de confianza. Nada hay que madure tan pronto las relaciones como un viaje; al cabo de un mes los viajeros se hacen amigos íntimos. Nosotros somos independientes de todo el mundo ¿no es verdad? Podeis casaros con mi hija en España ó en Italia, lo mismo que en Francia y que en cualquiera otra parte. Así, empecemos por tranquilizar nuestro ánimo y partamos.

(Continuará.)

## DIALOGO ENTRE UNA VOLANTE

Y  
UN COCHE SIMON.

ANAS tenía yo de preguntar á un amigo, ahora que acaba de llegar del Norte, cuál es el origen de la volante, y cómo se llamaban los abuelos de su inventor, datos que estoy seguro no son desconocidos al Licenciado; pero me

resigno á prescindir de citas de erudicion, aunque me reservo asistir á esas clases de árabe y hebreo que se van á fundar en esta capital, y cuando aprenda á decir *Irat Jowd reschit dachd*, ya sabrán mis lectores para qué sirve el hebreo. Solamente que de aquí á que se presente un catedrático de esas lenguas, ya todos tenemos tiempo de sacarnos seis loterías grandes, de ver á nuestros nietos canos y calvos, y de asistir al tratado de paz en los Estados-Unidos, todo lo cual son cosas que para el siglo veinte y pico no sé porqué no se hayan de realizar.

Sea lo que fuere del origen de la volante, ello es que el mueble existe y aparece en las anales de la Isla como el decapo de los vehículos. Hoy su posicion en la escala social de las ruedas, es la del recluta á pesar de todo. Equi-

parado en el precio, con los precios, *simones, arrastra-panzas, violines ó fiacres*, que todos estos nombres se dan á los nuevos trasportes que han ingresado en la industria alquilona, la volante es el mas humilde de todos.

El coche simon, aunque tambien pesetero, es de mas elevada gerarquía. La volante tiene dos ruedas, el simon tiene cuatro. La volante tiene calesero; el simon obedece á un cochero que tiene *don*.

Por todas estas circunstancias y otras distintas, el mueble viejo se halla postergado al nuevo, aunque ambos á dos tienen bastante dosis de amor propio para creerse cada cual superior al otro.

El siguiente diálogo lo demuestra; diálogo que tuvo lugar ayer en la esquina de la Dominica, en presencia de varios circunstantes.

*La volante* (queriendo adelantarse,) *Cu lisensia.*

*El simon.* Quitá allá! cangrejo.

*La volante.* Güeno, si yo son cangrejo, nuté qué son? Volante son ma mijó, son ma caminaora que jaula ese.

*S.* — Yo soy el carruague de los caballeros, perro!

*V.* — Bolanta tambien so pa cabayero. Tuitico lo dia yo yeva la cribano, la cobraore y otro cabayero.

*S.* — Yo llevo señoras y señoritas, y la juventud elegante me prefiere para sus escursiones al Louvre, á las Tullerías, al Cerro, y hasta suelo llevarla al paseo.

*V.* — Yo yeva gente trabajaora. Nuté conduse la vagansia, y si los vagos prefieren sus cuatro ruedas á las dos mias, no son sino poque le parese ma lujo. Ademas, yo sé ya qué señoritas son esa que nuté yeba.

*S.* — ¡Atrevida! Yo valgo mas que tú.

*V.* — ¡Un peseta, señó! Lo mimito.

*S.* — Valgo mas porque soy mas industriosa.

*V.* — ¡Ah! siñó yo apuesto que yo da qué comé á ma gente. Come el cabayo, come mi amo, come el calesero y come el amo del calesero.

La volanta entró entónces á sacar unas cuentas que no pudo terminar por que le parecieron muy complicadas, pero ella quiso decir esto: el calesero paga diariamente doce reales por alquiler de la volanta, tres pesos por id. de dos sardinas al dia que le dan con el nombre de caballos, y un peso á su amo por *jornal*: total, cinco pesos cincuenta centavos. Al precio de una peseta por media hora, segun les manda la tarifa, necesitaríanse trece horas

y tres cuartos sin descansar un momento, suponiendo que ni el caballo ni el calesero comieran, para pagar solamente los gastos. Ahora bien, el calesero solo trabaja diez horas y tiene que mantenerse y fumar, echar su traguito y regalar á su *peje*. ¿Cómo se hacen estos milagros, si en diez horas á cuarenta centavos por hora hay un déficit de uno con cincuenta? El calesero vive, gracias á que todos los viajes no son de media hora, y esta es la única garantía que el negocio le ofrece para asegurar la pitanza.

El coche simon, como mas inteligente, comprendió lo que quiso decir la volante y delegó en el *cochero*, para que este le sirviera de parlamentario con el *calesero*. El cochero se esplicó así.

Hoy el simon es un progreso respecto de la volante. No tienes mas remedio, hijo, sino es ceder al progreso; tienes que luchar contra elementos contrarios de los cuales solo mencionaré el que puedo: las agallas de los dueños de establos. Si te descuidas se tragan el fruto de tu trabajo y el de toda tu descendencia. Busca, pues, otra industria, que cualquiera que sea te producirá mas, y sobre todo dará por resultado que no se fomente la usura en los términos que hoy se hace.

En realidad: todos mis lectores saben que cada volante de esas vale dos pesetas el dia de buena venta, y los jamelgos, de balde son caros; pero yo quiero ser espléndido en la tasacion, y hé aquí el cálculo que hago:

Un carapacho de esos que llaman volantes.....	\$ 102
Dos arpas de David, por mal nombre caballos á 3 onzas.	» 102
	\$ 204

A \$4 50 diarios en poco mas de dos meses y medio se saca el capital. Al fin del año, deduciendo un 25 % para gastos, y es mucho, si los números no mienten, se obtiene un 603 % anual de utilidad líquida anual!!! —\*\*\*!!!

Lo que es de estrañarse es que los dueños de establo no posean palacios de plata maciza fabricados á martillo!

BR. LINAZA.

### JUNIPERADAS.

Conozco un usurero de esos que tienen el alma blindada y con triple coraza; es un *Merrimac* perfeccionado ambulante.

Y sin embargo, ese hombre impenetrable tiene un lado flaco. Ese lado flaco es una pasión irresistible, un amor

desmesurado á la pesca con caña. Mi hombre es una de esas estatuas vivientes que mis lectores habrán visto melancólicas á veces é inmóviles estacionadas en los arrecifes de la Punta.

Un individuo, que necesita dinero y que conocia por experiencia hasta que punto ciega á los pescadores de caña su desgraciada pasión, fué una tarde á buscar al estrangulador en el teatro mismo de sus hazañas.

—D. Judas, necesito trescientos pesos.

—Yo tambien, responde el usurero, sin dejar de mirar las saladas hondas.

—Le digo á V. que necesito ese dinero, continúa el otro levantando la voz de un modo formidable.

—Silencio, maldito! ya me ha espantado V. un magnífico pargo.

—D. Judas, V. no puede negarme lo que le pido!!! esclama el pedigüeño ahullando como un desesperado.

—Pero, condenado, mire V. que está espantando los peces con esos gritos.

Y el hombre sudaba la gota gorda como el puño.

—¡D. Judas!!! aquí está mi pagaré, berreó el suplicante haciendo un floreó de notas dignas de un soprano *sfogatto*.

—Tráigalo V., démelo V. y vaya mañana á casa por el dinero. Ya sabe V., á peso y medio por onza.

—¡D. Judas!!! dijo el otro lanzando un alarido espantoso que puso en precipitada fuga á tres rabi-rubias que jugueteaban con el anzuelo.

—D. Demonio!! exclamó el usurero fuera de sí, será á lo que V. quiera, pero váyase de aquí.

Razon tenia Voltaire en decir, que el pescador de caña era un instrumento que empezaba por un anzuelo y acababa por un simple.

Esto del pagaré me recuerda un dicho que se atribuye al duque de Abrantes, hijo de Junot.

Este jóven necesitaba dinero y lo encontró en casa de un amigo que deseaba servirle.

—Voy á estenderle á V un pagaré.

—Como V. quiera; pero ponga V. un plazo muy largo porque no me hace falta el dinero.

—Muy largo?

—Sí, hombre; así como para el dia del juicio final.

—Le diré á V., repuso el duque reflexionando, ese dia estará muy ocupado. ¿No sería bueno dejarlo para el siguiente?

La escena es entre dos quebrados de segunda.

—Dime, china, qué vestido piensas llevar al baile?

—Un traje de color *modaro*.

—Se dice *morado*, hijita.

—Es que yo hablo en *pludal*.

—Doctor, preguntaba un pollo á un acreditado médico, ¿qué es el *amor platónico*?

—Hijo, contestó el facultativo, es como todos los *tónicos*..... un escitante.

Los periódicos anuncian la aparición de un libro titulado: *Arte de tratar á las mujeres como merecen*.

Con motivo de esta publicacion decia un pimpollo femenino á una amiga suya:

—Siempre están los del sexo feo haciendo libros para estudiar el carácter de las mujeres, para conocer el corazón de las mujeres, para saberlas tratar y otras simplezas por el estilo. Tengo ganas de que se publiquen algunos estudios sobre los hombres.

—Es inútil, hija, contesta la interlocutora. Los conocemos bastante y sabemos tratarlos como merecen.

Que costumbres tan estrañas hay en este mundo! decia uno; le arrojan á uno un guante y es un desafío; le arrojan dos y es un regalo.

Una señora, que apesar de sus cuarenta años largos de talle, tiene sus ataques crónicos de coqueteria, se quejaba á todos los que tenian la paciencia de oirla, de lo doloroso que le era el irse acercando á los treinta.

—Consuélese V. señora, le dijo uno; me consta que se va alejando de ellos á toda máquina.

La fiesta de Regla pasó y pasó tambien la de Guanabacoa y pasan las fiestas de los pueblos de temporada, y por cierto con bien poca animacion.

Verdad es que los que no bailan, bien poco pueden divertirse en las fiestas de los pueblos de temporada.

No sé porqué no habian de establecerse algunos otros entretenimientos como, por ejemplo, uno del que han disfrutado los habitantes de Montmartre en la fiesta que tuvo lugar este año.

En honor de tal solemnidad, un dentista anunció que estraeria dientes y muelas gratis á los que quisieran entregarse en sus manos.

He ahí un hombre amigo de que sus conciudadanos se diviertan. Por supuesto que le sobraron clientes.

Una cocinera que habia ido á la fiesta, se presentó á su señora con tres dientes de menos.

—Pero, muger, dijo ésta, ¿qué le ha sucedido á V.?

—Nada, señora. Ayer fuí á la fiesta de Montmartre y como allí habia un dentista que sacaba los dientes de balde, me hice arrancar tres.

—¿Estarian dañados?

—No, señora, pero quise aprovechar la ocasion.

Es preciso confesar que las mugeres tienen el órgano de la economia muy desarrollado.

Dias pasados decia una señora á su marido:

—Amigo mio, me has prometido llevarme este verano á Europa.

—Tu eres quien lo ha exigido.

—Pues bien, he cambiado de idea, porque comprendo que los negocios están malos y que es preciso hacer economias.

—¿Cuanto me alegro que tengas esos pensamientos!

—En lugar de gastar tanto dinero como se necesita para ese viage, compraremos una victoria nueva, una pareja de caballos americanos y muebles nuevos para la casa.

El marido no pareció muy satisfecho con este arreglo.

—Como quieras, dijo; pero entonces no saldremos de aquí?

—No, iremos á pasar en el Norte lo que resta de temporada.

Para hoy domingo se anuncia una funcion de ópera en el Teatro de Villanueva. Es indudable que habrá una concurrencia numerosa, pues son dos los espectáculos que suelen tener lugar en funciones de ese género. Uno el que ofrecen los artistas *por cuanto vos*, y el otro el que dan gratis los espectadores. Nosotros no sabemos que admirar mas, si el deseo que tienen los empresarios de *distraer* al público, ó el valor á todo prueba de los artistas.

D. Junípero les saluda como Napoleón á los heridos enemigos: *¡Honneur au courage malhereux!*

## LA RETRETA EN EXTRAMUROS.



D. JUAN.

—Si tuviera este salon,  
Cual tiene ventilacion,  
Un poco de claridad,  
Fuera..... es la pura verdad,  
Una encantada mansion.

D. BLÁS.

—Y si á tanto serafin,  
Templando su amante *spleen*,  
Brindase comodidad,  
Fuera..... es la pura verdad,  
Un delicioso jardin.

HABANA: Librería é Imprenta "EL IRIS," Obispo núm. 22.